

Cumbre Río+20: ¿El Futuro que Queremos?



Rubén Guevara
Director de CENTRUM
Investigación CENTRUM Católica



Río de Janeiro está lista para llevar a cabo la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible (Río+20) del 20 al 22 de junio próximo. El secretario general de las Naciones Unidas, señor Ban Ki-Moon, ha convocado a los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros de esa organización a esta conferencia, en donde supuestamente se debatirán y propondrán acciones concretas sobre la protección del medio ambiente y el desarrollo, con énfasis en "El futuro que queremos", lema lanzado por el secretario Ki-Moon. La invitación también ha sido hecha a los representantes de los gremios empresariales y de organizaciones de la sociedad civil organizada más importantes preinscritas y preceptadas por las Naciones Unidas (NN. UU.).

Esta es la quinta cumbre intergubernamental global, de una sucesión de otras cuatro megareuniones intergubernamentales anteriores sobre el medio ambiente y el desarrollo organizadas o coorganizadas en los últimos 40 años por las NN. UU.: la Cumbre del Medio Ambiente Humano de Estocolmo de junio de 1972, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Ambiente y Desarrollo de Río de Janeiro de junio de 1992 (Cumbre de la Tierra), la Conferencia Mundial sobre Desarrollo Sostenible de Río de Janeiro de junio de 2002 (Río+10) y la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible de Johannesburgo de agosto-septiembre de 2002 (Cumbre de Johannesburgo). En la Cumbre de la Tierra y en la Cumbre de Johannesburgo participaron más de 100 jefes de Estado y de Gobierno y más de 20,000 asistentes oficiales.

Hace ya muchos años que estas cumbres "oficiales" son acompañadas de cumbres "alternativas", organizadas paralelamente por organizaciones de la sociedad civil excluidas de ellas. Las cumbres alternativas buscan ejercer presión para que los líderes presentes en las cumbres oficiales tomen decisiones y apoyen políticamente iniciativas, acciones y programas concretos de corto y mediano plazo que resuelvan los problemas ambientales, sociales y económicos que enfrenta el mundo desde mediados del siglo XX. A las últimas cumbres alternativas asistieron más de 20,000 participantes.

Según los organizadores y los entendidos en este tipo de eventos, Río+20 será la conferencia más grande en la historia de las NN. UU.: estiman que en los eventos previos a ella, que ocurrirán en Río desde inicios del mes de junio hasta la conferencia central, participarán alrededor de 60,000 personas. Al incluir los cientos de reuniones y conferencias preparatorias que han estado ocurriendo durante los últimos dos años en todos los países miembros de las NN. UU. y en foros regionales y continentales alrededor de todo el mundo, hasta ahora ya habrían participado más de 200,000 personas. Es decir, la cumbre oficial será un evento que movilizará a más de 250,000 personas, entre las cuales estarán

Es necesario un desarrollo capaz de ofrecer bienestar y calidad de vida a las presentes y todas las futuras generaciones, que dé igual prioridad y mantenga un equilibrio entre los aspectos económicos, sociales y ambientales en todas las actividades humanas.

incluidos todos los más importantes líderes y actores políticos, económicos y sociales del mundo.

Este año la cumbre alternativa se llamará Cumbre de los Pueblos sobre la Justicia Social y Ambiental en Defensa de los Bienes Comunes, e involucrará a por lo menos 20,000 personas. En ella participarán todos los más importantes líderes y actores de la sociedad civil organizada que exigen más resultados, más apoyo político y más recursos financieros para enfrentar esos problemas, y no, como termina ocurriendo en las cumbres oficiales, planteamientos de índole diplomática que al final no cuentan ni con el apoyo político ni con el financiero, los que en muchas ocasiones son posteriormente boicoteados a través de la inacción o abiertamente por motivaciones político-económicas por países tales como los Estados Unidos, la China, Brasil u otra potencia real o emergente, como ha ocurrido con muchos de los acuerdos de todas las cumbres anteriores.

Además, todos los años se llevan a cabo reuniones especializadas sobre cambio climático, biodiversidad, desiertos, especies en peligro de extinción, humedales e incluso cumbres de jefes de Estado y de Gobierno que abordan otros temas importantes, tales como la pobreza, las ciudades, el terrorismo, etc., en las cuales se toman acuerdos y se ofrece financiamiento, pero al final resultan en casi nada. Esta práctica o comportamiento y la enorme inversión de recursos financieros, de tiempo y de esfuerzo que se les dedican a estas cumbres y reuniones especializadas del sistema de las NN. UU. culminan entonces convirtiéndose en jornadas turísticas del Club de la Procrastinación.



Los Temas Sobre el Tapete

Según la presidencia del 65° Periodo de Sesiones de las NN. UU., Río+20 se centrará en dos temas: la economía verde en el contexto del desarrollo sostenible y la erradicación de la pobreza y el marco institucional para el desarrollo sostenible. Aunque la “economía verde” entra como un tema central por primera vez, la verdad es que la agenda de estas reuniones es prácticamente la misma desde 1992: cómo alcanzar un enfoque de desarrollo que “satisfaga las necesidades de las presentes generaciones sin comprometer los recursos y las posibilidades de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades”. En otras palabras, un desarrollo capaz de ofrecer bienestar y calidad de vida a las presentes y todas las futuras generaciones, que dé igual prioridad y mantenga un equilibrio entre los aspectos económicos, sociales y ambientales en todas las actividades humanas.

Estos dos temas han sido adoptados por los Gobiernos de los países que integran las NN. UU. al más alto nivel, por lo que en teoría ya habría una especie de consenso sobre lo más urgente a resolver a partir de esta cumbre. Pero los hechos demuestran que la brecha que existe entre los deseos o declaraciones y lo que ocurre en la realidad hasta ahora ha sido, desafortunadamente, inmensa, la cual está ampliándose aún más con el paso del tiempo.

Yo Estoy Bien pero Tú Estás Mal

El paradigma predominante de desarrollo, vigente por más de 100 años —y que se ha afianzado en los últimos 30—, sin lugar a dudas ha generado muchísima riqueza financiera y niveles insospechados de bienestar y calidad de vida, los que han conducido, entre otros avances, a que el ser humano viva más, se alimente mejor, se comunique más rápido, interactúe en tiempo real, se movilice a cualquier parte en tiempo récord, genere nuevos conocimientos en forma exponencial y, en general, que se convierta en un ser verdaderamente global. Los ciudadanos de países tales como Suiza o Singapur han alcanzado el clímax en términos de calidad de vida y bienestar gracias a este paradigma del desarrollo. Los habitantes de los demás países desarrollados están a punto de lograrlo. Estos estilos de vida se ven como los ideales entre las poblaciones de muchos otros

países, sobre todo en vías de desarrollo o de economías emergentes.

Pero este bienestar y esa calidad de vida la gozan y viven en mayor o menor grado alrededor de la mitad de los 7,000 millones de habitantes del planeta. La otra mitad, o los goza parcialmente o no recibe nada. Es decir, la pobreza, la indigencia, la baja calidad de vida y el malestar e incluso el sufrimiento continúan campeando libremente en una gran parte del planeta. Esto en parte porque el modelo predominante de desarrollo tiene un sesgo marcado en la priorización de los aspectos económicos y financieros por encima de los aspectos sociales y ambientales. El resultado se puede resumir en la frase “yo estoy bien pero tú estás mal”.

Pero este estilo de vida para la mitad de la población que vive bien tiene su precio, directo e indirecto, y es muy alto: utiliza recursos en cantidades superiores a la capacidad de renovación del planeta, pues tiene una huella ecológica de cinco a nueve planetas Tierra; utiliza grandes cantidades de energía “sucia”, derivada de los hidrocarburos (gas natural, carbón mineral, petróleo, etc.), que emite cantidades astronómicas de gases de efecto invernadero (GEI) en forma creciente, lo que produce un cambio climático antropogénico (impulsado por la actividad humana), con una huella de carbono cada día mayor; utiliza los recursos ineficientemente y esparce desperdicios por doquier como consecuencia de su uso del agua, la energía y las materias primas, etc.; crea un mundo asimétrico en términos de ingresos, de bienestar y de calidad de vida; y afecta el hábitat de millones de especies vivas: el aire, el suelo y todo cuanto está a su alrededor, para mencionar lo más obvio.

Es decir, en la medida en que se incrementa la riqueza financiera mediante la producción de bienes y servicios, que contribuyen al bienestar y la calidad de vida de quienes los aprovechan, algunos de los cuales son de índole universal y, por consiguiente, benefician al ciento por ciento de la población, se generan perjuicios que afectan directa o indirectamente a las personas, a otros seres vivos y al planeta Tierra. Estos perjuicios son conocidos como externalidades negativas.



Foto: Maggy Producciones

¿A quienes afectan las externalidades negativas nacionales o globales de la actividad económica? A las personas, a los demás seres vivos, a la misma actividad económica, a los Estados y al planeta. En realidad, las externalidades negativas restan bienestar y calidad de vida a las personas, infligen costos adicionales a las empresas, generan costos adicionales a los Estados y afectan negativamente a las demás especies. A mediano y largo plazo destruyen valor en otras industrias, lo que termina por afectar a toda la economía.

¿Es este "costo" éticamente aceptable, cuando al sumar y restar los beneficios y los perjuicios posiblemente la cantidad de los que pierden sea superior a la de los que ganan? ¿O es este costo éticamente cuestionable por el simple hecho de que los que "pierden" son demasiados? Por supuesto que no.

El Futuro que Queremos

El eslogan propuesto por el secretario Ki-Moon para la Cumbre Río+20 es de por sí sugestivo. Pero ¿implica que no queremos continuar con el paradigma de desarrollo predominante? ¿O al menos que el presente que hemos construido y la ruta que hemos seguido para llegar hasta aquí necesita de un cambio para lograr un futuro mejor para todos? Indudablemente, es imperioso que cambiemos este paradigma por uno más incluyente, que respete los derechos de las presentes y futuras generaciones —que aspiran a un medio ambiente limpio—, que utilice eficientemente los recursos a su disposición y que genere bienestar y la calidad de vida generalizada en el marco del desarrollo sostenible.

Es decir, se trata de alcanzar un paradigma de desarrollo donde el Estado, las empresas, la sociedad y sobre todo los líderes que toman las decisiones y llevan a cabo las acciones, y que disponen de los recursos y del poder para cambiar, actúen ahora, encuentren sinergias entre sí, utilicen la inmensa creatividad y capacidad innovadora del empresariado, creen nuevo conocimiento, desarrollen nuevas tecnologías que aprovechen fuentes de energía limpias, mejoren la eficiencia en el uso, reúso y gestión sostenible de los recursos naturales y apliquen modelos de negocios cuyos motores sean una economía en armonía con toda la gente, con los demás seres vivos y con el planeta Tierra.

Este nuevo modo de hacer las cosas debe basarse en la ética y el liderazgo global responsable, y encontrar un balance y sinergias entre los aspectos económicos, sociales y ambientales. Los empresarios, los políticos y los activistas sociales y ambientales deben trabajar juntos para encontrar ese camino, en el cual existan *trade-ons* y no *trade-offs*, enfocarse en el bien común y evaluar las decisiones y acciones para beneficiar a la presente y futuras generaciones.

Ante la evidencia de las últimas cumbres, ¿tendrán nuestros líderes realmente claro que el futuro que queremos es distinto al que hemos construido hasta ahora? ¿Estarán nuestros líderes empresariales y políticos listos para lograrlo? ¿Estarán nuestros líderes preparados para reorientar la economía hacia el bien común? ¿Estarán prestos a darle a estas iniciativas el apoyo político y económico necesario para tener éxito? ¿O continuarán nuestros líderes procrastinando, posponiendo decisiones y limitándose a dar hermosas declaraciones y a hacer promesas vacías como lo han hecho hasta ahora? ¿O seguirán manteniendo sus posiciones cortoplacistas y egoístas, y protegiendo sus "intereses nacionales" a expensas del resto del mundo?

Una vez más la población está dándoles el beneficio de la duda y pensando que en esta ocasión sí tomaran en serio una de las últimas "ventanas de oportunidad" que se les presenta para decidir, tomar acción, invertir los recursos y apoyar políticamente el cambio del paradigma predominante de desarrollo para construir un futuro mejor para todos y para nuestro pequeño y frágil planeta. Una vez más la población está dándoles su confianza y continúa creyendo en ellos. Ojalá que nuestros líderes políticos, empresariales y de la sociedad civil que participan en las cumbres "oficiales" actúen como verdaderos estadistas, con visión de largo plazo, ejerzan la autoridad que se les ha delegado, enfrenten la responsabilidad que les compete, actuando con liderazgo responsable, y, aunque sea muy duro (para ellos), renuncien de una vez por todas al Club de la Procrastinación. ■